

tes de culpas, quiere el Señor pasar por estas dos diferencias de penas. Y así, has de pensar que hieres con el puño á Cristo cuando pecas por codicia de los bienes terrenos, y con la mano abierta cuando por vanidad y sensualidad. ¡Oh magnificentísimo Dador de todos los bienes! Pues que con tanta generosidad dais el rostro al que os hiere, con deseo de darle vuestro corazón, por el grande amor que le tenéis, abrid vuestra mano benditísima, y tocad á los que con la suya os hieren, para que cesen de heriros, y con ella hieran sus pechos como el publicano, confesando sus culpas, para que alcancen perdón de ellas. ¿De qué modo hemos herido nosotros á Jesucristo? Actualmente, ¿en qué pecados solemos caer?

Epílogo y coloquios. ¡Oh qué injurias, qué baldones, qué crueldades ejecutaron en Jesús los infames judíos, luego que su concilio le condenó á muerte! Toda la noche estuvieron entretenidos á costa de Él, desfogando la saña que contra Él tenían, y el odio que el demonio les inspiraba. La primera injuria fué escupirle en el rostro. ¡Oh cielos! ¡El Dios de la majestad escupido por viles gusanillos de la tierra! ¿Y es posible que también nosotros hayamos caído en la osadía de los judíos, escupiendo al Señor? Esto hemos hecho siempre que hemos quebrantado su ley. ¡Qué dolor! Luego le vendan los ojos para que no los vea, porque la gravedad y serenidad de su rostro les pone empacho, y no se atreven á ultrajarle con descaro; y para librarse del encogimiento que podía causarles la tranquila y pacífica mirada de Jesús, ponen delante de sus ojos un paño vil y sucio, para mayor escarnio. Del propio modo los pecadores pretenden vendar los ojos á Dios, olvidándose de su presencia, pensando que no los ve, entregándose obstinadamente á sus brutales inclinaciones. ¡Qué desgracia! ¿Hemos caído en ella alguna vez? ¿Hemos añadido la otra injuria de los judíos contra Jesucristo, abofeteándole espiritualmente, ó abierta la mano con los pecados de vanidad y sensualidad, ó cerrado el puño con la avaricia y ambición? ¡Ah! Si penetramos dentro de nuestro corazón, tal vez con rubor habremos de confesar que si fueron malvados los judíos con el Señor, nosotros hemos sido más criminales, por haber pecado con mayor conocimiento, y abusando más de las gracias divinas. Pues, ¿qué haremos en lo sucesivo? ¿Cómo repararemos nuestras iniquidades? ¿Qué quiere Jesús de nosotros? ¿Qué quisiéramos haber hecho, cuando nos hayamos de presentar en el tribunal divino? Puesto que puede ocurrirnos muy pronto este paso tan temible, formemos aquellas resoluciones prácticas y particulares que entonces quisiéramos haber hecho, y con fervientes coloquios pidamos las gracias necesarias para ponerlas en práctica, sin olvidar las demás cosas que tenemos encomendadas.

36.—NUEVAS INJURIAS DE JESUCRISTO EN CASA DE CAIFÁS.

PRELUDIO 1.º Insistiendo los judíos en atormentar á Cristo, unos le mesaban las barbas, otros le decían palabras afrentosas, y le atormentaban de otros modos.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús en medio de los judíos, hecho el juguete de ellos.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber padecer injurias por amor á Jesús.

Punto 1.º *Los judíos mesaron las barbas á Jesús.*—Considera cómo, prosiguiendo los judíos en su cruel entretenimiento, sujetaron á Jesús á una nueva pena y tormento doloroso y afrentoso, que fué mesarle las barbas y arrancarle los cabellos con crueldad excesiva; porque, aunque los Evangelistas no cuentan esto, pero dijo el mismo Señor por Isaias¹, y es cierto que se cumplió. «Yo, dice, di mi cuerpo á los que le herían, y mis barbas á los que las arrancaban; no aparté mi rostro de los que me escarnecían y escupían». Pondera aquí el dolor y afrenta de este tormento, los cuales son tan grandes, que obligaron al profeta Isaias á hacer especial mención de él. Porque siendo la cabeza y la cara lugares tan delicados y sensibles del cuerpo humano, y arrancándole aquellos malvados sayones sin tiento y con crueldad los cabellos y la barba, el dolor debía ser intensísimo. Además, siendo las barbas símbolo de la fortaleza varonil, se consideraba como grande afrenta entre los judíos el cortarla, por cuyo motivo declaró David la guerra á los ammonitas, que se atrevieron á deshonorar de este modo á sus enviados; y mucha mayor injuria era el arrancárselas. Mas todo lo quiso sufrir nuestro buen Jesús, para pagar por nuestras cobardías afeminadas, y por nuestras demasías y excesos en buscar las cosas superfluas de este mundo, y por nuestro amor desordenado á las criaturas, al modo que á Sansón le fueron cortados los cabellos por causa de su apasionado amor á Dalila. ¡Oh sumo Sacerdote, mucho más noble que Aarón², cuya unción destilaba de la cabeza hasta la barba, para significar su dignidad y fortaleza varonil! ¿Cómo consentís que la vuestra sea mesada y arrancada con tanta ignominia y crueldad? ¡Oh sagrado Nazareno! Si vuestros cabellos no habían de ser cortados mientras durase vuestra consagración³ á Dios, ¿por qué os los dejáis repelar y arrancar, siendo siempre nazareno y santo, y la misma santidad? Suplícoos, Señor, que me perdonéis las culpas que han sido causa de estas penas, y me deis un ánimo fuerte para serviros y muy mortificado para nunca más ofenderos.

Punto 2.º *Los judíos dijeron á Jesús muchas palabras injuriosas.*—Otra de las injurias que hicieron los judíos á Jesús fué de palabras afrentosas, que proferían cuando le daban bofe-

¹ Isai., I, 6. — ² Psalm. cxxxii, 2. — ³ Num., vi, 5.

tadas y puñadas, diciendo: «Profetizanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió?» Que era como decir: Pues dices de Ti que eres Cristo y Profeta, adivina quién te dió esta bofetada; en lo cual daban á entender que le tenían por Cristo fingido y profeta falso. Y añade san Lucas: «Y otras muchas blasfemias decían contra Él», dejando á nuestra consideración su número y gravedad. Mas, para creer que fueron muchas y muy graves, basta saber que los blasfemadores eran muchos y muy atrevidos y descomedidos, llenos de ira y rencor, y que la serpiente infernal movía sus lenguas serpentinadas, para que vomitasen injurias y blasfemias nunca oídas, á fin de provocarle á impaciencia y tomar de Él cruel venganza. Es de creer que renovarían todas las palabras injuriosas que otras veces le habían dicho, llamándole samaritano, endemoniado, comedor y bebedor, amigo de publicanos, quebrantador de los sábados y fiestas, revolvero del pueblo, nigromántico, blasfemo contra Dios, y otras innumerables. De suerte que ellos hartaron y cumplieron el deseo que tenían de injuriarle, y en Cristo se cumplió lo que dijo de sí el santo Job¹: «Abrieron contra mí sus bocas, diciéndome oprobios, hirieron mi rostro, y hartáronse de mis penas». Y el mismo Cristo, como dijo Jeremías², quedó también harto de desprecios; pero siempre con ganas de recibir otros mayores, como los recibió en el discurso de esta noche; porque el deseo de sus enemigos era como hambre canina y sed de hidropesía, que, aunque se harte, luego tiene hambre y sed; pero el deseo de Cristo era hambre y sed de caridad infinita que nunca del todo se puede ver harta; y así, por mucho que ellos deseaban llenarle de injurias, estaba aparejado para recibir otras muy mayores. ¡Oh dulcísimo Jesús! Gracias os doy por esta caridad tan insaciable y fuego de amor tan encendido, que nunca supisteis decir á vuestros injuriadores, basta; suplicóos, por las sacratísimas penas que por ellos sufristeis, me perdonéis las culpas que fueron causa de ellas, y me hagáis tan dichoso, que guste de padecer con paciencia y caridad las penas que Vos padecisteis por mí. ¿Hemos nosotros injuriado á Jesús con nuestras palabras? ¿Cómo debemos hablar de Él en lo sucesivo? ¿Cómo hemos de sufrir las injurias de nuestros enemigos?

Punto 3.º Otros trabajos de Jesús en lo restante de la noche.— Considera aquí lo demás que Cristo nuestro Señor padecería en lo restante de aquella noche; lo cual es más de lo que nuestro entendimiento puede alcanzar; porque habiéndose ido los pontífices y sacerdotes á reposar, Jesús quedó fuertemente atado en aquella sala, con muchos soldados de guarda, acudiendo también los criados y chusma de la casa: los cuales se entretuvieron todo aquel tiempo burlándose de Él en las cosas

¹ Job, xvi, 11. — ² Thren., iii, 30.

referidas y con otras muchas á que Satanás les instigaba para vengarse de Cristo y derribar su constancia; y marchándose unos á dormir, venían otros de refresco, que proseguían sus injurias, sin dejarle dormir ni descansar en toda la noche, estando como blanco y terrero de todos, cumpliéndose lo que había dicho Simeón¹, que estaría puesto como señal de contradicción, y lo que dijo por David²: «Gusano soy y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo». Pero, ¿qué hacía entonces este soberano Redentor, no hombre, sino más que hombre y gloria de todos los hombres? Mostraba un rostro como de diamante, y un cuerpo como de acero, sin cansarse de sufrir ni dar señal de enfado ó enojo, y en lo interior ofrecía todos aquellos trabajos á su Padre por los pecadores, y estaba continuamente orando por ellos con grandísimo fervor, de modo que podíamos decir de Él: «Estaba trasnochando y pasando toda la noche en oración de Dios»; esto es, en oración altísima, digna de Dios, sin que la muchedumbre de injurias que oía, ni la terribilidad de los dolores que padecía, lo divirtiesen ó entibiasen en ella. Allí tenía presentes á sus discípulos, que andaban descarriados como ovejas sin pastor, y oraba por ellos ardentemente, porque no se los tragase el lobo infernal; y también puedes creer que te tenía presente en su memoria y ofrecía por ti su oración. ¡Oh Salvador mío! ¡Quién se hallara en vuestra compañía para consolaros en el desconuelo de tan larga noche! Con el espíritu me pongo en vuestra presencia, deseando trasnochar en la oración de Dios, juntando la mía con la vuestra, para que sea bien recibida y despachada. ¡Oh alma! Aprende de Jesús el modo de portarte en los trabajos con que te visita. ¿Le imitas entonces como debes, sufriendolos con paciencia y orando con fervor?

Epílogo y coloquios. ¡Oh crueldad insaciable de los judíos! No satisfechos con llenar de inmundas salivas el venerable rostro de Jesús, con vendarle los ojos y magullarle el rostro á golpes, inventaron un nuevo modo de atormentarle y afrentarle, y fué arrancándole los cabellos y mesándole con furia las barbas. ¡Qué dolor! De él quiso hacer especial mención el santo profeta Isaías, añadiendo que Jesús lo sufrió con tal paciencia, que de sí mismo ofreció sus barbas á los que las mesaban. ¡Oh caridad de Jesús! ¡Cuán insaciable eres! Con estas injurias de obra acompañaban aquellos infames judíos muchas injurias de palabra. Unos, al pegarle, le dicen: «Adivina quién te dió»; otros le repiten los dicterios y ultrajes que solían decirle los judíos; y todos se toman la libertad de decir contra el Señor todo aquello á que les instiga Satanás. Y, á pesar de todo, Jesús no se cansa; y si sus enemigos se hartan de atormentarle, todavía

¹ Luc., ii, 34; Psalm. lxxix, 7. — ² Psalm. xxi, 7. — ³ Luc., vi, 12.

no pueden llegar á satisfacer el insaciable deseo que tiene de padecer, diciendo interiormente á cada nueva injuria lo que después dijo en la cruz: *Sitio*, tengo sed. Y así pasa toda aquella noche; noche memorable, noche tenebrosa, noche cruel; pero noche en que el Padre Eterno recibió la mayor gloria, y el mundo pecador tenía un Dios infinito que intercedía por él, y rogaba y pedía el perdón de sus pecados. En esto se ocupaba Jesucristo en medio de sus penas. ¡Oh! ¡Si nosotros le imitásemos! ¿Hemos contribuido con nuestras culpas á causar los tormentos de Jesús? ¿Hemos mesado sus barbas, menoscabando nuestra dignidad de hombres, ó arrancado los cabellos, buscando demasías y regalos? ¿No nos inspira compasión este Señor tan atormentado? ¿Nos atreveremos á ayudar á los atormentadores con nuevos pecados? No seamos tan ingratos; procuremos más bien consolar á Jesús en su desconsuelo y aflicción, haciendo para este fin los propósitos que nos convengan, y pidiendo las gracias que necesitamos para su cumplimiento y para todo lo demás.

37.—PRESENTACIÓN DE JESÚS Á PILATOS.

PRELUDIO 1.º Los judíos, llegada la mañana, oyendo que Jesús se ratificaba en lo que antes había dicho, le llevaron á Pilatos; y Judas, viendo lo que pasaba, desesperado, se ahorcó.

PRELUDIO 2.º Representate estos hechos como si los vieras con tus ojos.

PRELUDIO 3.º Pide la firmeza en la fe y confianza en la misericordia de Dios.

Punto 1.º *Llegado el día, reúnen los sacerdotes, y confirman la sentencia contra Jesús.*—Luego que amaneció el día, juntáronse de nuevo los sacerdotes con Caifás, y llamando á Jesús, le preguntaron si era Hijo de Dios; y habiendo contestado afirmativamente como en la víspera anterior, dijeron: «No tenemos necesidad de testigos, pues de su boca hemos oído lo que deseamos¹». Pondera acerca de esto, ante todo, cuán deseada tenían la mañana, así Cristo nuestro Señor, como sus enemigos, pero con fines contrarios. Cristo la deseaba, porque en aquel día pensaba concluir la redención del mundo, y había treinta y tres años que estaba esperando este día que tenía por suyo, en cuanto todo era para nuestro bien. Sus enemigos deseaban que amaneciese para concluir su dañada pretensión de matarle cruelmente; y así madrugaron mucho para juntarse otra vez de nuevo en su concilio. ¡Cuánta diligencia tienen los malos para salir con sus malvados intentos, y cuánta pereza tienes tú para cumplir la voluntad divina! Observa la malicia y astucia de estos escribas en la pregunta que hicieron á Cristo nuestro Señor para cogerle

¹ Luc., XVII, 66, 70.

de cualquier modo que respondiese; porque si negaba que era Cristo, dijeran que era contrario á sí mismo, y que Él se condenaba en haberse tenido por Cristo; y si confesaba que lo era, ratificándose en lo dicho, alcanzarían lo que deseaban para condenarle. Pero más digna de consideración es la respuesta de Cristo, en la cual demostró su admirable prudencia, modestia y mansedumbre, junto con gran libertad de espíritu, añadiendo segunda vez aquella palabra, que estaría sentado á la diestra de Dios, para ponerles miedo, y para que entendamos que sus humillaciones habían de parar en exaltación; y lo mismo será de las nuestras, si le seguimos; y también para enseñarnos que ningún temor humano nos ha de impedir el confesar la verdad que de Dios hemos recibido. Finalmente: viendo á Jesús desfigurado con los trabajos de aquella noche, pregúntale con otro ánimo: ¡Oh Jesús mío! ¿Sois Vos por ventura el Cristo? ¿Sois el resplandor de la gloria del Padre, el Hijo de Dios vivo? Pues si lo sois, como de verdad lo sois, ¿cómo está vuestro rostro tan desfigurado? ¿Cómo tan afeado con salivas? ¿Cómo tan acardenalado con bofetadas? Mis pecados son la causa de todo esto, y vuestra caridad ha tomado estas insignias, por las cuales se conoce que sois el Cristo, Hijo de Dios vivo, que vino al mundo para redimirle. ¿Y he de ser yo tan ingrato, que no os quiera reconocer? ¿Y tan loco, que no quiera temer vuestra ira? ¿Cuándo y en qué cosas me debo corregir?

Punto 2.º *Jesús es llevado á Pilatos.*—Considera cómo, oída la respuesta de Jesús, levantóse toda la muchedumbre de gente que constituía el concilio, y atándole de nuevo, le llevaron á Poncio Pilatos, presidente. En esta nueva estación has de meditar, lo primero, cómo el estado eclesiástico de los judíos, enemigo declarado de Jesucristo, por su sentencia le relajó al brazo seglar de Pilatos, presidente por los romanos, para que le ajusticiase más cruelmente, pareciéndoles que era muy pequeña la pena que ellos podían darle, porque deseaban muriese con muerte muy cruel; ordenándolo así la divina Providencia para que judíos y gentiles concurriesen á la muerte del que moría por la salvación de todos. ¡Oh cuán profundos son los juicios de Dios, y con qué sabiduría tan maravillosa dispone todas las cosas! Pondera luego la crueldad con que llevaron á Cristo nuestro Señor por las calles de Jerusalén, con grandes voces y alaridos, concurriendo á esto mucha gente, por ser innumerable la que había en la ciudad á causa de la fiesta del Cordero. Iba nuestro buen Jesús maniatado, con paso muy apresurado; pero con un rostro modesto, grave y manso, dejándose llevar de aquellos tigres sin resistencia alguna, sufriendo los desprecios y baldones que le decían, con mucha mayor afrenta que la noche pasada; porque con el día claro todos le podían ver y conocer; y como sabían que esto se hacía por orden de sus sacerdotes, y que ellos

iban allí cerca, ninguno se atrevía á contradecir, antes clamaban contra el preso. ¡Oh buen Jesús! Gracias os doy por todos los pasos que disteis desde la casa de Caifás hasta la de Pilatos, y por las afrentas que en este camino padecisteis; por ellas os suplico perdonéis los malos pasos que he dado para ofenderos, y los enderecéis de aquí adelante para que todos sean para serviros. ¿Imitamos la modestia y gravedad de Jesús al ir en público por las calles? ¿Le hemos arrojado alguna vez de nosotros, entregándolo á su enemigo?

Punto 3.º Desesperación de Judas.—Viendo Judas que Cristo estaba condenado á muerte en el concilio de los sacerdotes, y que le llevaban á Pilatos para que lo aprobase y ejecutase, pesóle de lo que había hecho, y fuese al templo donde estaban algunos sacerdotes y ancianos ocupados en sus ministerios, y díjoles: «Pequé entregando la sangre del justo». Ellos respondieron: «¿Qué se nos da á nosotros? Miráraslo primero». Y él, arrojando los dineros en el templo, fué y ahorcóse. Acerca de este hecho has de ponderar primero cómo el demonio ciega los ojos del pecador al tiempo que peca, porque no vea la maldad de la culpa y huya de ella, y después los abre, encareciéndosela mucho, y afeándosela tanto, que de corrido venga á desesperar como sucedió á Caín¹, á Judas y otros. En segundo lugar, mira cómo Judas comenzó á hacer penitencia, y á ejercitar las tres partes de ella, porque tuvo dolor interior, y confesó su pecado delante de los sacerdotes, y satisfizo, restituyendo el precio que había llevado injustamente; pero todo le aprovechó poco, porque no fué buena su penitencia, ni el dolor era verdadero, ni hizo la confesión á quien debía, ni con esperanza de perdón. Y así, por justo juicio de Dios, fué desamparado, como sus pecados merecían, permitiendo que no hallase consuelo en los hombres, ni contento en su dinero; antes, su dinero fué su verdugo, recibiendo mayor congoja en tenerle, que contento recibió al tiempo de aceptarlo; por lo cual lo arrojó de sí, y, no atreviéndose á acudir á Cristo, y temiendo esperar el tiempo de la resurrección, atormentado de la conciencia é instigado de Satanás, resolvió ahorcarse luego, mostrándonos en sí mismo que la pena de la avaricia es perder el dinero y la felicidad eterna, y morir á sus mismas manos, reventando por medio y derramando sus entrañas por no haber tenido entrañas de misericordia con Cristo. Pondera, por último, el sentimiento que causó á este Señor la condenación de Judas, y cuán de buena gana le hubiera perdonado si, como acudió á los sacerdotes, hubiese venido á Él. ¡Oh Redentor misericordiosísimo! Pues tanto sentís la perdición de los que eran vuestros, no me dejéis de vuestra mano; porque, si me dejáis, daré en los desvaríos de Judas, pues no hay mal que haga un

¹ Genes., iv, 13.

hombre que no pueda hacer otro, si le soltáis de vuestra mano. Y nosotros, ¿nos hemos dejado engañar como Judas de los ardidés del enemigo? ¿Tiene nuestra penitencia y dolor las condiciones que ha de tener para purificar el alma?

Epílogo y coloquios. ¡Oh Jesús! Alegraos. Ha amanecido ya el día en que daréis fin á la redención del mundo, por la cual tanto os habéis afanado. Mas si Jesús se alegra, movido de la caridad que nos tiene, sus enemigos también se alegran de hallarse en este día, en que podrán desahogar su saña contra Él. Ya le hacen presentar de nuevo á su tribunal para que se ratifique en la afirmación que había dejado escapar de sus labios, diciendo ser Hijo de Dios. Ya confirman á una voz la sentencia que habían dictado el día anterior. Ya se levantan de sus asientos, y atando más fuertemente á Jesús, y rodeándoles gran muchedumbre de gente, le llevan á Pilatos, para que inmediatamente confirme la sentencia que ellos han dado y la ejecute. ¡Qué rabia tan inaudita la de estos malos sacerdotes! ¡Qué mansedumbre tan divina la de Jesús! Con paso grave, los ojos bajos, el semblante majestuoso y humilde al mismo tiempo, marcha en medio del tropel de la gente; todos le miran á Él, y Él, sin mirar á nadie, los ve á todos, contemplando en unos el gozo por su desgracia, en otros la compasión natural, en otros la complacencia por sus penas. ¡Y todo aumenta su aflicción dolorosa! ¿Y quién sabe si llegaría á ver también en esta ocasión á su Madre? Entre tanto, el desgraciado y criminal Judas, acosado de remordimientos, instigado del demonio, abandonado de Dios, despreciado de los hombres, sumergido en un mar de tinieblas, viendo que por él Jesús iba á morir, avergonzado de la vida, arroja de sí el dinero, y confesando la justicia de Dios y su propia injusticia, se ahorca. ¿No temeremos los divinos juicios? ¡Ay de nosotros si comenzásemos á ceder á las exigencias de una pasión! Esto solo podría conducirnos al paradero de Judas. Veamos, pues, por dónde nos ataca el enemigo; si es el genio, la sensualidad, pereza ó imaginación las armas de que se vale contra nosotros, propongamos resistirle, pidiendo gracia al Señor y rogando por todo el mundo.

38.—ACUSACIÓN DE JESÚS ANTE PILATOS.

PRELUDIO 1.º Presentado Jesús á Pilatos, fué acusado por los pontífices de varias cosas, y Pilatos le examinó.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús en pie ante Pilatos, que le examina.

PRELUDIO 3.º Pide gracia para imitar la mansedumbre y humildad de Jesús.

Punto 1.º Recibimiento que Pilatos hizo á Jesús.—Presentando los pontífices á Jesús ante Pilatos en su pretorio, salió el presidente á ellos, y preguntóles: «¿Qué acusación traéis contra este hombre?» Y ellos respondieron: «Si no fuera malhechor,